



Justo de la Cueva Alonso

# No cazo gambusinos ni ornitorrincos

Una gentil compañera, que me lee, me reprocha ser reiterativo, repetitivo, casi monotemático. Pienso que vale la pena publicar aquí mi respuesta. Una respuesta a medias mía a medias prestada por Lenin. Por mi parte debo advertir que yo limito voluntaria y deliberadamente los destinatarios de lo que escribo. Lo hago para los nuestros prescindiendo del enemigo, de los que se creen neutrales y de los indecisos. Lo hago para los que luchan conscientemente por la independencia de Euskadi y la revolución socialista. Para los que en la medida de sus fuerzas empujan cada día para alumbrar la Euskadi libre, independiente, reunificada, socialista y euskaldun que está ya agitando con dolores de parto las entrañas de la Historia.

La aparente paradoja es que los que tenemos más claras las cosas, los y las que conscientemente afrontamos riesgos, pagamos precios, aceptamos dificultades y esperamos a pie firme los inevitables ataques, esos somos los que estamos más necesitados de volver una y otra vez sobre las cosas que tenemos claras. Más necesitados de revisar continuamente nuestros planteamientos, de contrastar nuestras convicciones con el flujo de las noticias de cada día, de forzarnos a la continua reflexión teórica sobre nuestra práctica y la de nuestros enemigos.

Es sólo aparentemente una paradoja. Lenin formuló magistralmente un consejo que deberíamos tener siempre presente: «se trate precisamente de no creer que lo que ya ha sido superado por nosotros, ha sido superado por la clase, ha sido superado por las masas». Ese es el nudo del problema. Consiste en que nosotros no estamos interesados en interpretar, en explicar el mundo. Nosotros queremos transformarlo. El mundo en que vivimos, la realidad que nos rodea, es una mierda. Y nos negamos a aceptar la mierda aunque haya otros que se esfuercen por amarla. Nosotros queremos cambiarla.

Es cierto que para transformar el mundo tenemos que entenderlo. Aprender cómo funciona, cuál es el oculto mecanismo que le hace ser como es. Pero esa imprescindible necesidad de interpretar el mundo, de explicarnoslo, no se agota en su satisfacción. No nos basta, no nos quedamos satisfechos cuando conseguimos saber por qué pasa lo que pasa, quiénes son los que explotan y cómo y por qué explotan. Ese conocimiento, una vez logrado, no lo utilizamos para recrearnos en él, para disfrutarlo con los listos que somos y que bien lo entendemos todo. Ese conocimiento es imprescindible pero para ser usado inmediatamente como herramienta, como ariete, como hacha, para modificar, transformar, cambiar, revolucionar la realidad.

Aunque no hayan pensado nunca en ello, los explotadores, el bloque de clases dominante, saben por instinto de clase que el conocimiento de cómo es el mundo es una peligrosa

arma contra ellos. Esa es la explicación última de (entre paréntesis, esa es también la razón de que esta sección lleve por título «Palabras armadas»). Desde lo más profundo de la noche de los tiempos los explotadores han aprendido que la represión física, incluso la organizada, es insuficiente para mantener la explotación del hombre por el hombre. Que con las bayonetas se puede hacer todo menos sentarse sobre ellas. Que la fuerza bruta debe ser redoblada, flanqueada, precedida y acompañada por la fuerza sobre las ideas. Que la represión ideológica debe ser lo suficientemente eficaz como para que la represión física sea sólo la última ratio", el último argumento.

Los aparatos ideológicos de Estado son así inseparables de su aparato represivo. Es mejor que UGT rompa una huelga con sus traiciones que necesitar que la rompa la policía a tiros. Un partido socialdemócrata es el aparato ideológico que el Estado burgués destina especialmente para inculcar la ideología burguesa (la explicación falsa de cómo es el mundo) en el seno de la clase obrera. Es el aparato ideológico encargado de renunciar, primero de hecho y luego de palabra y resolución de Congreso, a la ruptura en nombre de la reforma. Encargado después de renunciar a las reformas para resolver la sociedad burguesa. Encargado por último de incluso retroceder empeorando, arrancando pasadas conquistas obreras, para resolver la crisis del capital.

Nuestro problema consiste en que es cierto que es el ser el que determina la conciencia y no al revés. Pero, a la vez, es cierto que no hay una directa y mecánica dependencia de la conciencia respecto de las condiciones externas. Sino que la existencia se refleja en la conciencia según las leyes de la conciencia. Por ejemplo, el teorema de Thomas: «Si los individuos definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias». No importa que fuera un timo la promesa de los 800.000 puestos de trabajo. Hubo un número suficiente de obreros timados que definieron como real que la promesa era buena y, por eso, votaron al PSOE. Y a nosotros no nos basta ni nos sirve suficientemente que sepamos el cómo y el por qué del timo. Necesitamos usar ese conocimiento para cambiar el mundo. Empezando por ser conscientes de que lo que está claro para nosotros no lo está necesariamente para toda la clase obrera, para las masas.

Por eso tenemos que ser repetitivos. Tenemos que darle una y mil veces vueltas a los mismos problemas hasta encontrar con las palabras eficaces que ayuden a nuestros hermanos a entender lo que les pasa. Por eso tenemos que renunciar al original deporte de la caza del gambusino o del ornitorrinco por la caza repetitiva de las mentiras que el enemigo repite cada día.